

**MIQUEL AMORÓS**

**FILOSOFÍA EN EL TOCADOR**

Nota de lectura y dos artículos: “El decrecimiento revisitado”  
y “Masas, partitocracia y fascismo”

[info@cedcs.eu](mailto:info@cedcs.eu)

Colección: Bibliografía, nota de lectura, Clásicos mínimos  
Fecha de Publicación: 01/01/2017  
Número de páginas: 12  
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

**Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.**  
Más documentos disponibles en [www.archivodelafrontera.com](http://www.archivodelafrontera.com)



**Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.**

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

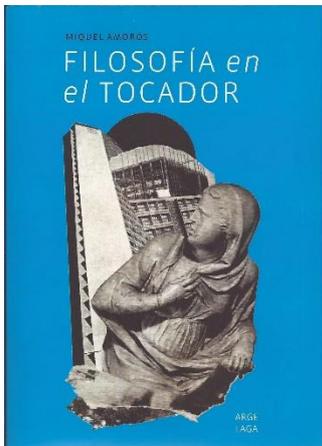
[www.cedcs.org](http://www.cedcs.org)  
[info@cedcs.eu](mailto:info@cedcs.eu)

## **MIQUEL AMORÓS: FILOSOFÍA EN EL TOCADOR.**

Barcelona, 2016, Argelada.

ISBN: 978-84-608-5532-3.

Distribución: Virus editorial.



CON LA DESVALORIZACIÓN del conocimiento histórico objetivo se buscaba borrar del imaginario social todo lo que el pensamiento revolucionario había vuelto consciente y que por el bien de la dominación tenía que caer en el olvido [...] La reflexión académica seudorradical se convirtió entonces en el instrumento idóneo para empujar la historia a la clandestinidad y hacer que el orden volviera al terreno de las ideas gracias a la recuperación de fragmentos críticos convenientemente desactivados [...] Así pues, los pensadores de la clase dirigente se defendían de la subversión llevando los acontecimientos fuera de la historia, integrándolos en su visión del mundo como metarrelatos, es decir, como categorías literarias atemporales.

[...] La tarea inmediata de la crítica consistirá entonces en denunciar los mecanismos psicopolíticos de contención y la mentalidad mesocrática conformista en la que se anclan. Pero la reflexión no marcha separada de la pasión: el deseo de razón parte de la razón del deseo. Kafka, Anders, Marcuse, Reich, Sade y los surrealistas pueden ser de gran ayuda. Sin embargo, la labor de más largo alcance es la de afrontar la crisis de la idea de Progreso, de la Historia y de la misma Razón –la crisis de la sociedad capitalista– sin volver al redil cayendo en la irracionalidad, en un escapismo estético o ruralizante, en un antihumanismo naturalista y sociófobo...

ARGE  
LAGA

PVP: 6€

ISBN: 978-84-608-5532-3



9 788460 855323

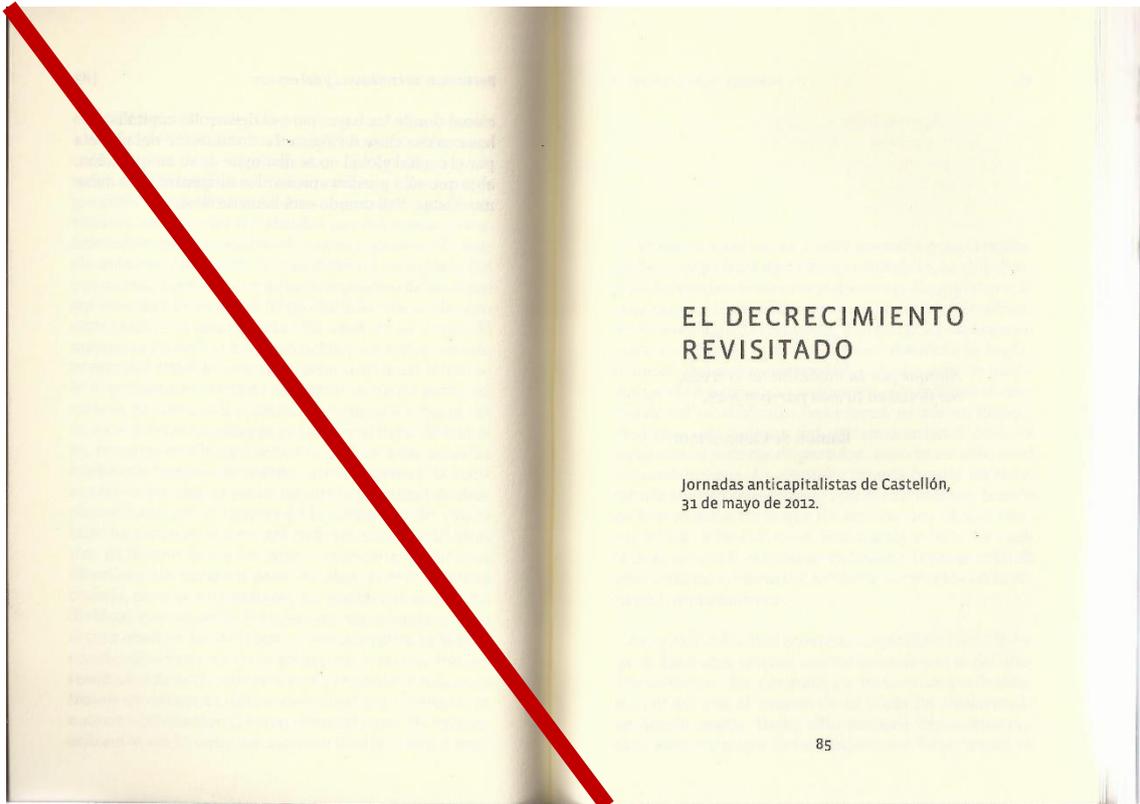
**Una estimulante lectura para el nuevo año 2017 que se inicia, con reflexiones alternativas al bullicio parlanchín de tertulianos políticos sinsustancia y asoladores de toda esperanza, imprescindible para no morir de asco... Elegancia y lucidez, resiliencia e incombustibilidad – como la aliaga, la argelaga que da título a la casa editora de este clásico mínimo que es el Amorós.**

MIQUEL AMORÓS es historiador, teórico crítico y militante anarquista. En 1968 se dio a conocer en la agitación universitaria valenciana, lo que le valió un juicio en el Tribunal de Orden Público y pasar algún tiempo en las cárceles franquistas, para luego exiliarse a Francia. En la década de los 70 participó en la fundación de varios colectivos: Bandera Negra, Tierra Libre, Barricada, Los Incontrolados y Trabajadores por la Autonomía Obrera y la Revolución social. En los primeros años 80 colaboró con la revista **L'Assommoir** (denuncia de la nuclearización del mundo y apoyo a los obreros polacos) y con Guy Debord en una campaña por la liberación de los presos autónomos y libertarios. Entre 1984 y 1992 formó parte del equipo redactor de la revista «anti-industrial» **Encyclopédie des Nuisances** junto a Jaime Semprún y Pierre Lepetit. Después, mantuvo una relación directa con las **ediciones de la EdN** hasta 2008. Ha pronunciado multitud de conferencias sobre cuestiones sociales, principalmente en la perspectiva antidesarrollista, en la crítica del ciudadanía y en la defensa del territorio, la mayor parte reproducidas en la prensa libertaria o compiladas en forma de libro. Muchos escritos suyos han sido traducidos en varios idiomas y publicados en distintos países. Ha prestado su apoyo a las luchas contra el Tren de Alta Velocidad y los tendidos de Muy Alta Tensión. También tiene publicadas varias obras sobre la guerra civil revolucionaria española y otras sobre los anarquistas y el movimiento obrero asambleario durante los años 60 y 70. En 2012 fundó con otros compañeros la editorial **Les Amis de la Roue**. Desde el 2013 es coeditor de **Argelaga**, revista antidesarrollista y libertaria.

## CONTENIDO

El morbo filosófico o la funesta manía de pensar en la época de la reproductibilidad técnica .....	9
Genealogía del pensamiento débil .....	31
Medianoche en el siglo. Apuntes contra el progreso .....	55
Del tiempo, de la máquina y del espacio .....	75
El decrecimiento revisitado .....	85
Masas, partitocracia y fascismo .....	95
La hora de la áurea medianía .....	113
Antidesarrollismo .....	127

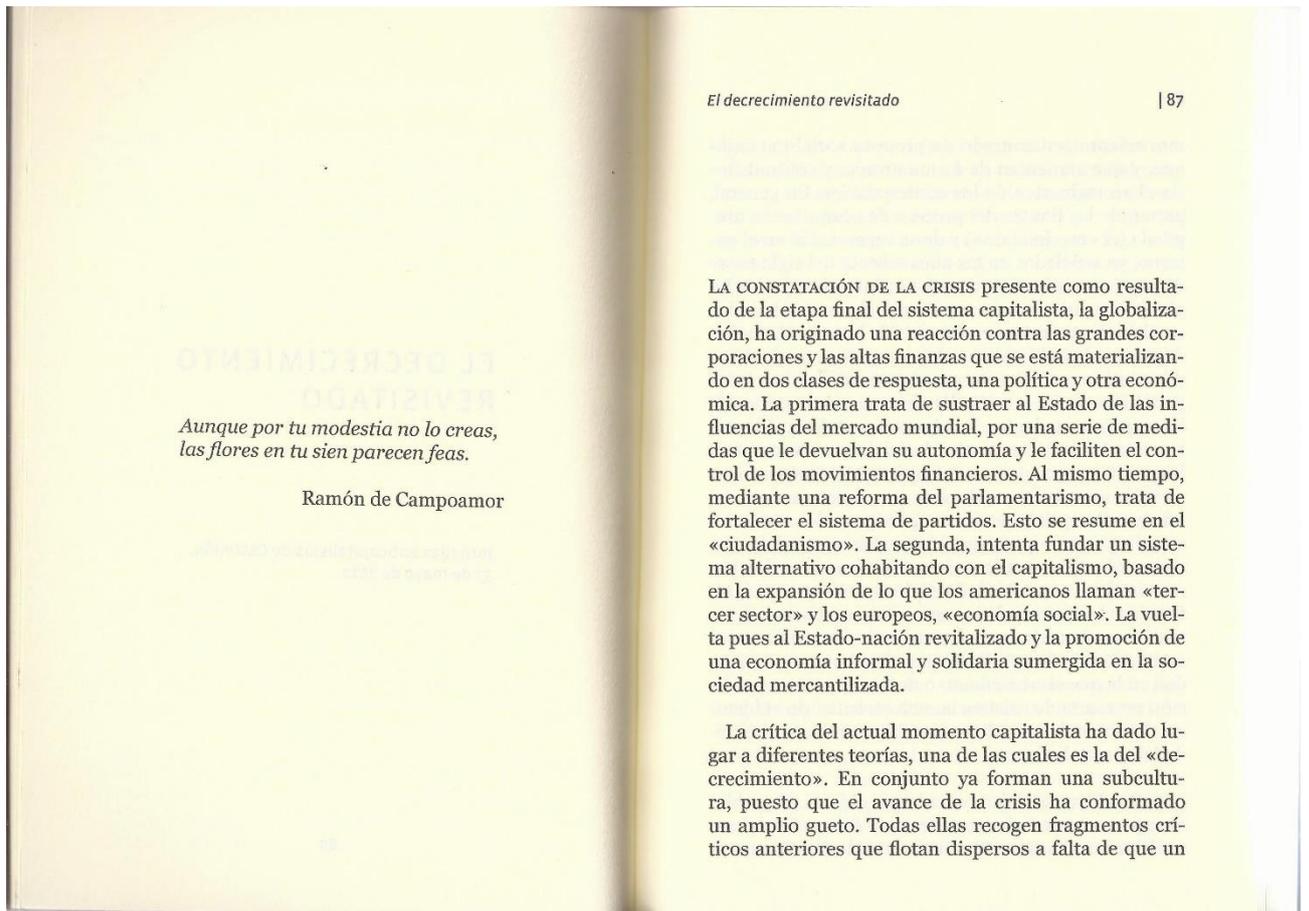
**Como la editorial no sólo lo permite, sino que lo recomienda, reproducimos dos de los ensayos o capítulos del libro para animar al lector o ponerle los dientes largos, que dicen...**



## EL DECRECIMIENTO REVISITADO

Jornadas anticapitalistas de Castellón,  
31 de mayo de 2012.

85



El decrecimiento revisitado

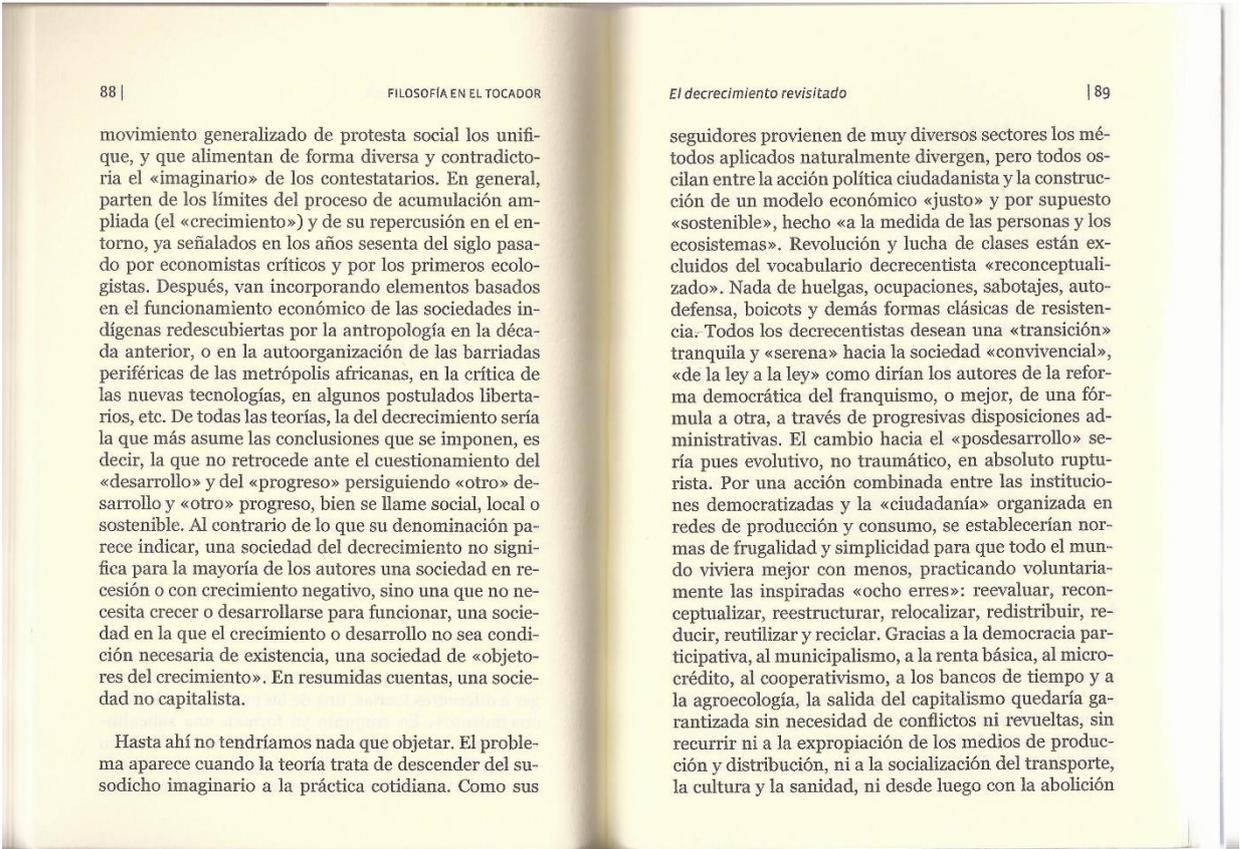
| 87

*Aunque por tu modestia no lo creas,  
las flores en tu sien parecen feas.*

Ramón de Campoamor

LA CONSTATAción DE LA CRISIS presente como resultado de la etapa final del sistema capitalista, la globalización, ha originado una reacción contra las grandes corporaciones y las altas finanzas que se está materializando en dos clases de respuesta, una política y otra económica. La primera trata de sustraer al Estado de las influencias del mercado mundial, por una serie de medidas que le devuelvan su autonomía y le faciliten el control de los movimientos financieros. Al mismo tiempo, mediante una reforma del parlamentarismo, trata de fortalecer el sistema de partidos. Esto se resume en el «ciudadanismo». La segunda, intenta fundar un sistema alternativo cohabitando con el capitalismo, basado en la expansión de lo que los americanos llaman «tercer sector» y los europeos, «economía social». La vuelta pues al Estado-nación revitalizado y la promoción de una economía informal y solidaria sumergida en la sociedad mercantilizada.

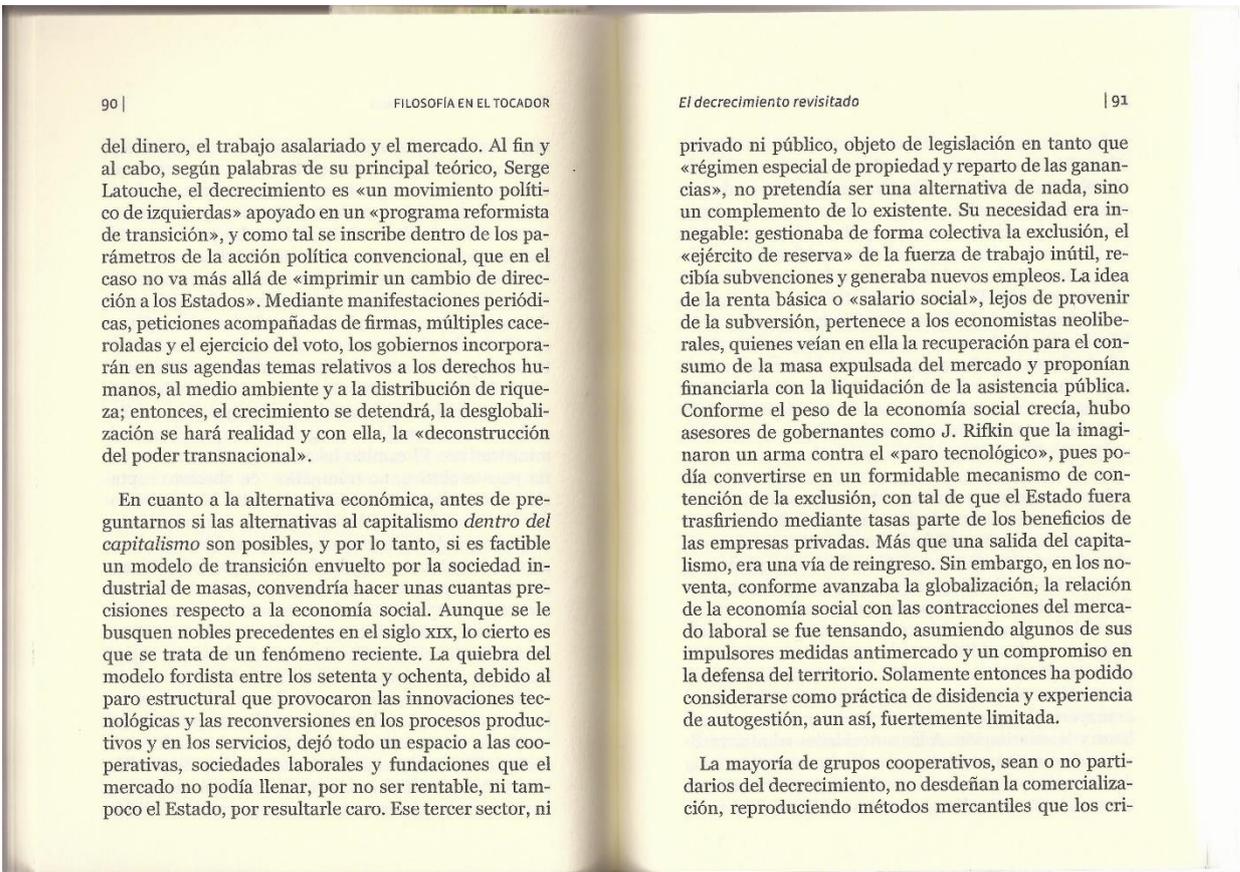
La crítica del actual momento capitalista ha dado lugar a diferentes teorías, una de las cuales es la del «decrecimiento». En conjunto ya forman una subcultura, puesto que el avance de la crisis ha conformado un amplio gueto. Todas ellas recogen fragmentos críticos anteriores que flotan dispersos a falta de que un



movimiento generalizado de protesta social los unifique, y que alimentan de forma diversa y contradictoria el «imaginario» de los contestatarios. En general, parten de los límites del proceso de acumulación ampliada (el «crecimiento») y de su repercusión en el entorno, ya señalados en los años sesenta del siglo pasado por economistas críticos y por los primeros ecologistas. Después, van incorporando elementos basados en el funcionamiento económico de las sociedades indígenas redescubiertas por la antropología en la década anterior, o en la autoorganización de las barriadas periféricas de las metrópolis africanas, en la crítica de las nuevas tecnologías, en algunos postulados libertarios, etc. De todas las teorías, la del decrecimiento sería la que más asume las conclusiones que se imponen, es decir, la que no retrocede ante el cuestionamiento del «desarrollo» y del «progreso» persiguiendo «otro» desarrollo y «otro» progreso, bien se llame social, local o sostenible. Al contrario de lo que su denominación parece indicar, una sociedad del decrecimiento no significa para la mayoría de los autores una sociedad en recesión o con crecimiento negativo, sino una que no necesita crecer o desarrollarse para funcionar, una sociedad en la que el crecimiento o desarrollo no sea condición necesaria de existencia, una sociedad de «objetos del crecimiento». En resumidas cuentas, una sociedad no capitalista.

Hasta ahí no tendríamos nada que objetar. El problema aparece cuando la teoría trata de descender del susodicho imaginario a la práctica cotidiana. Como sus

seguidores provienen de muy diversos sectores los métodos aplicados naturalmente divergen, pero todos oscilan entre la acción política ciudadanista y la construcción de un modelo económico «justo» y por supuesto «sostenible», hecho «a la medida de las personas y los ecosistemas». Revolución y lucha de clases están excluidos del vocabulario decrecentista «reconceptualizado». Nada de huelgas, ocupaciones, sabotajes, autodefensa, boicots y demás formas clásicas de resistencia. Todos los decrecentistas desean una «transición» tranquila y «serena» hacia la sociedad «convivencial», «de la ley a la ley» como dirían los autores de la reforma democrática del franquismo, o mejor, de una fórmula a otra, a través de progresivas disposiciones administrativas. El cambio hacia el «posdesarrollo» sería pues evolutivo, no traumático, en absoluto rupturista. Por una acción combinada entre las instituciones democratizadas y la «ciudadanía» organizada en redes de producción y consumo, se establecerían normas de frugalidad y simplicidad para que todo el mundo viviera mejor con menos, practicando voluntariamente las inspiradas «ocho erres»: reevaluar, reconceptualizar, reestructurar, relocalizar, redistribuir, reducir, reutilizar y reciclar. Gracias a la democracia participativa, al municipalismo, a la renta básica, al microcrédito, al cooperativismo, a los bancos de tiempo y a la agroecología, la salida del capitalismo quedaría garantizada sin necesidad de conflictos ni revueltas, sin recurrir ni a la expropiación de los medios de producción y distribución, ni a la socialización del transporte, la cultura y la sanidad, ni desde luego con la abolición



del dinero, el trabajo asalariado y el mercado. Al fin y al cabo, según palabras de su principal teórico, Serge Latouche, el decrecimiento es «un movimiento político de izquierdas» apoyado en un «programa reformista de transición», y como tal se inscribe dentro de los parámetros de la acción política convencional, que en el caso no va más allá de «imprimir un cambio de dirección a los Estados». Mediante manifestaciones periódicas, peticiones acompañadas de firmas, múltiples caceroladas y el ejercicio del voto, los gobiernos incorporarán en sus agendas temas relativos a los derechos humanos, al medio ambiente y a la distribución de riqueza; entonces, el crecimiento se detendrá, la desglobalización se hará realidad y con ella, la «deconstrucción del poder transnacional».

En cuanto a la alternativa económica, antes de preguntarnos si las alternativas al capitalismo *dentro del capitalismo* son posibles, y por lo tanto, si es factible un modelo de transición envuelto por la sociedad industrial de masas, convendría hacer unas cuantas precisiones respecto a la economía social. Aunque se le busquen nobles precedentes en el siglo XIX, lo cierto es que se trata de un fenómeno reciente. La quiebra del modelo fordista entre los setenta y ochenta, debido al paro estructural que provocaron las innovaciones tecnológicas y las reconversiones en los procesos productivos y en los servicios, dejó todo un espacio a las cooperativas, sociedades laborales y fundaciones que el mercado no podía llenar, por no ser rentable, ni tampoco el Estado, por resultarle caro. Ese tercer sector, ni

privado ni público, objeto de legislación en tanto que «régimen especial de propiedad y reparto de las ganancias», no pretendía ser una alternativa de nada, sino un complemento de lo existente. Su necesidad era innegable: gestionaba de forma colectiva la exclusión, el «ejército de reserva» de la fuerza de trabajo inútil, recibía subvenciones y generaba nuevos empleos. La idea de la renta básica o «salario social», lejos de provenir de la subversión, pertenece a los economistas neoliberales, quienes veían en ella la recuperación para el consumo de la masa expulsada del mercado y proponían financiarla con la liquidación de la asistencia pública. Conforme el peso de la economía social crecía, hubo asesores de gobernantes como J. Rifkin que la imaginaron un arma contra el «paro tecnológico», pues podía convertirse en un formidable mecanismo de contención de la exclusión, con tal de que el Estado fuera trasfiriendo mediante tasas parte de los beneficios de las empresas privadas. Más que una salida del capitalismo, era una vía de reingreso. Sin embargo, en los noventa, conforme avanzaba la globalización, la relación de la economía social con las contracciones del mercado laboral se fue tensando, asumiendo algunos de sus impulsores medidas antimercedo y un compromiso en la defensa del territorio. Solamente entonces ha podido considerarse como práctica de disidencia y experiencia de autogestión, aun así, fuertemente limitada.

La mayoría de grupos cooperativos, sean o no partidarios del decrecimiento, no desdeñan la comercialización, reproduciendo métodos mercantiles que los cri-

terios éticos y medioambientales no terminan de justificar. Unos se financian con donaciones y ayudas oficiales y se sirven del dinero para comprar propiedades, contratar a operarios y pagar salarios. Pero, en cambio, otros practican el trueque y el reciclaje, se turnan en las tareas, recurren a monedas sociales y diversifican su actividad a fin de lograr una cierta autosuficiencia, lo que no les libra de las contradicciones que causan el desigual grado de implicación de sus miembros o las dificultades de tipo económico y organizativo, bien se relacionen con el acceso a la tierra, bien con la administración o con el establecimiento de redes de distribución ¿es correcto hablar pues de transición hacia la sociedad autogestionaria como hacen por ejemplo los cooperativistas «integrales» catalanes?

De nuevo habrá que reconsiderar la cuestión, recordando que se trata de prácticas muy minoritarias, a menudo precarias e inestables, circunscritas casi siempre al medio rural, cuyo alcance es mínimo, y que nunca rebasan los niveles de mera supervivencia alimentaria. Son fórmulas de cohabitación; funcionan porque existen al lado de un omnipresente sistema, con su oferta de empleo y de crédito, su ocio y su cultura, su aparato sanitario y su basura reciclable, con el que más o menos interactúan. No pueden ser soluciones inmediatas para la mayoría de la población, atrapada en el espacio urbano y la salarización. A las autoridades administrativas no les resultan molestas si se limitan a «refundar la democracia», organizar mercadillos o repartir la «cesta» y no incitan al sabotaje antidesarrollista; a las auto-

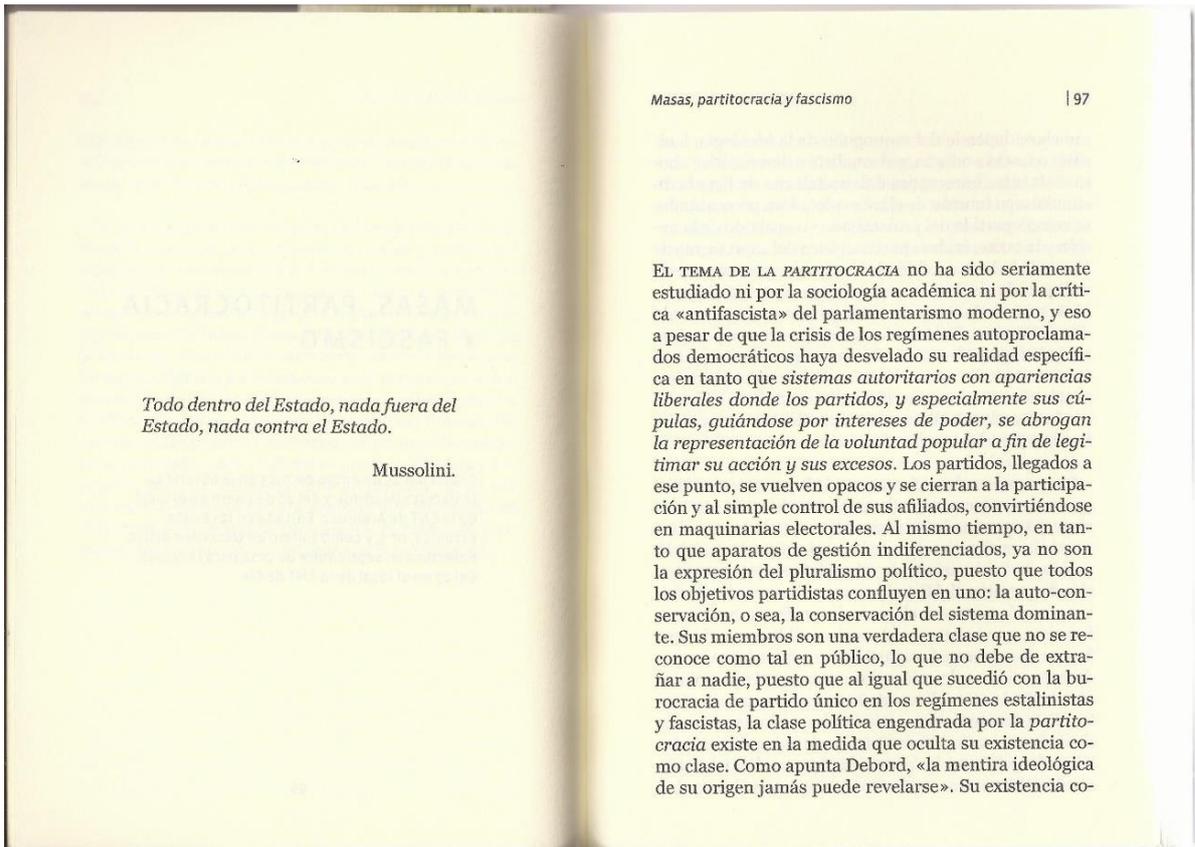
ridades económicas, mucho menos, pues no compiten con ellas y son además fuentes de inspiración: las empresas también hacen intercambios directos sin dinero y todos los hipermercados tienen su sección de productos agroecológicos adecuadamente etiquetados. Tienen un alto valor de ejemplo de segregación voluntaria del capitalismo, porque cuestionan sus valores y reglas; son laboratorios pedagógicos, escuelas de autogestión. Pero no son alternativas anticapitalistas ni en sus formas más radicales; son a lo sumo islotes inofensivos y por eso mismo, enclaves tolerados. Es preciso dejar claro que no se puede abandonar el capitalismo sin abolirlo en todas partes, lo que afecta tanto a las formaciones económicas, los mercados, como a las políticas, los Estados. No se puede ruralizar la sociedad sin desurbanizarla previamente, ni desmercantilizarla sin eliminar las relaciones de mercado en todo el espacio social, pero eso no puede empezar a realizarse más que partiendo de una serie de actos de soberanía popular, y una sociedad civil soberana no logrará constituirse sin abolir previamente el Estado tras vencer a su aparato represivo. Cabría preguntarse ¿Cómo se forma ese pueblo soberano, reforzando las instituciones o liquidándolas? Para fundar una colectividad basta con unos pocos, pero para construir una sociedad equilibrada con el entorno hacen falta grandes contingentes, incapaces de formarse de otro modo que en las luchas por sobrevivir en las condiciones extremas impuestas por un régimen en quiebra. A lo largo de la lucha las instituciones caen hechas pedazos. La economía social como mucho puede desempeñar un papel logístico, de retaguar-

dia, pero la sociedad libre y autogestionada será el resultado de un combate social violento, no de un experimento convivencial más o menos repetido.

La lucha intensa entre dos bandos enfrentados cambiará la mentalidad de la parte oprimida y no al contrario: la descolonización del «imaginario», o por decirlo claramente, la conciencia de clase, no será fruto de una preparación serena en círculos pacíficos de iniciados, sino de incontables turbulencias. El retorno de la lucha de clases, eminentemente nueva, puesto que los contendientes, los escenarios y las armas no son los mismos que en la época de los pactos sociales, dará con la alternativa. Los objetivos a corto plazo habrían de apuntar al despiece del sistema productivo y consumista, sin olvidarse de su cobertura política, jurídica y represiva, pero de nuevo hay que aclarar que ha de ser una magna obra colectiva a realizar por un enjambre mayoritario de marginados sociales, o, dicho de otro modo, de objetores del capitalismo y la partitocracia.

## MASAS, PARTITOCRACIA Y FASCISMO

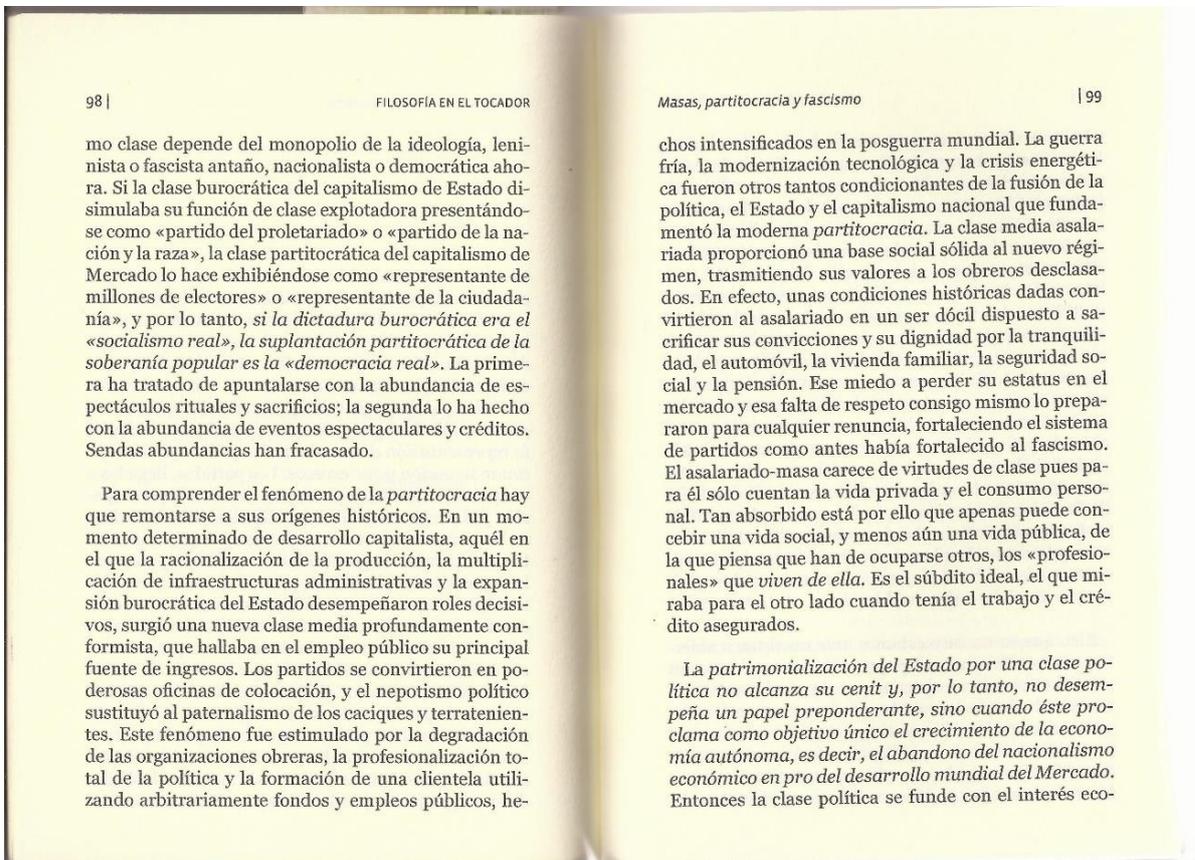
Charla del 25 de enero de 2013 en la librería La Malatesta (Madrid), y del 26 de enero en el local de la CNT de Aranjuez. Editada en la revista Estudios, nº 9, y como folleto en Desorden distro. Relectura en septiembre de 2014 para la charla del 27 en el local de la CNT de Elx.



Todo dentro del Estado, nada fuera del Estado, nada contra el Estado.

Mussolini.

EL TEMA DE LA PARTITOCRACIA no ha sido seriamente estudiado ni por la sociología académica ni por la crítica «antifascista» del parlamentarismo moderno, y eso a pesar de que la crisis de los regímenes autoproclamados democráticos haya desvelado su realidad específica en tanto que *sistemas autoritarios con apariencias liberales donde los partidos, y especialmente sus cúpulas, guiándose por intereses de poder, se abrogan la representación de la voluntad popular a fin de legitimar su acción y sus excesos*. Los partidos, llegados a ese punto, se vuelven opacos y se cierran a la participación y al simple control de sus afiliados, convirtiéndose en maquinarias electorales. Al mismo tiempo, en tanto que aparatos de gestión indiferenciados, ya no son la expresión del pluralismo político, puesto que todos los objetivos partidistas confluyen en uno: la auto-conservación, o sea, la conservación del sistema dominante. Sus miembros son una verdadera clase que no se reconoce como tal en público, lo que no debe de extrañar a nadie, puesto que al igual que sucedió con la burocracia de partido único en los regímenes estalinistas y fascistas, la clase política engendrada por la *partitocracia* existe en la medida que oculta su existencia como clase. Como apunta Debord, «la mentira ideológica de su origen jamás puede revelarse». Su existencia co-



mo clase depende del monopolio de la ideología, leninista o fascista antaño, nacionalista o democrática ahora. Si la clase burocrática del capitalismo de Estado disimulaba su función de clase explotadora presentándose como «partido del proletariado» o «partido de la nación y la raza», la clase partitocrática del capitalismo de Mercado lo hace exhibiéndose como «representante de millones de electores» o «representante de la ciudadanía», y por lo tanto, *si la dictadura burocrática era el «socialismo real», la suplantación partitocrática de la soberanía popular es la «democracia real»*. La primera ha tratado de apuntalarse con la abundancia de espectáculos rituales y sacrificios; la segunda lo ha hecho con la abundancia de eventos espectaculares y créditos. Sendas abundancias han fracasado.

Para comprender el fenómeno de la *partitocracia* hay que remontarse a sus orígenes históricos. En un momento determinado de desarrollo capitalista, aquél en el que la racionalización de la producción, la multiplicación de infraestructuras administrativas y la expansión burocrática del Estado desempeñaron roles decisivos, surgió una nueva clase media profundamente conformista, que hallaba en el empleo público su principal fuente de ingresos. Los partidos se convirtieron en poderosas oficinas de colocación, y el nepotismo político sustituyó al paternalismo de los caciques y terratenientes. Este fenómeno fue estimulado por la degradación de las organizaciones obreras, la profesionalización total de la política y la formación de una clientela utilizando arbitrariamente fondos y empleos públicos, he-

chos intensificados en la posguerra mundial. La guerra fría, la modernización tecnológica y la crisis energética fueron otros tantos condicionantes de la fusión de la política, el Estado y el capitalismo nacional que fundamentó la moderna *partitocracia*. La clase media asalariada proporcionó una base social sólida al nuevo régimen, transmitiendo sus valores a los obreros desclasados. En efecto, unas condiciones históricas dadas convirtieron al asalariado en un ser dócil dispuesto a sacrificar sus convicciones y su dignidad por la tranquilidad, el automóvil, la vivienda familiar, la seguridad social y la pensión. Ese miedo a perder su estatus en el mercado y esa falta de respeto consigo mismo lo prepararon para cualquier renuncia, fortaleciendo el sistema de partidos como antes había fortalecido al fascismo. El asalariado-masa carece de virtudes de clase pues para él sólo cuentan la vida privada y el consumo personal. Tan absorbido está por ello que apenas puede concebir una vida social, y menos aún una vida pública, de la que piensa que han de ocuparse otros, los «profesionales» que *viven de ella*. Es el súbdito ideal, el que miraba para el otro lado cuando tenía el trabajo y el crédito asegurados.

La *patrimonialización del Estado por una clase política no alcanza su cenit y, por lo tanto, no desempeña un papel preponderante, sino cuando éste proclama como objetivo único el crecimiento de la economía autónoma, es decir, el abandono del nacionalismo económico en pro del desarrollo mundial del Mercado*. Entonces la clase política se funde con el interés eco-

nómico y se convierte en parte de la clase dominante. En una nueva burguesía, si se quiere. Entiéndase que no es una clase subalterna, ni es toda clase dirigente (salvo en China); tampoco se trata de una clase nacional. Precisamente cuando se internacionaliza deviene un elemento fundamental en las relaciones de producción impuestas por la globalización financiera. La *partitocracia* suprime las contradicciones entre intereses partidistas, intereses nacionales e intereses globales al recrear en todas partes las mismas condiciones políticas óptimas para la expansión de la economía y el enriquecimiento de los aparatos; por un lado, forjando al mismo tiempo una extensa red clientelar mediante los copiosos recursos del Estado y la administración; por el otro, desactivando las protestas que emanan de la sociedad civil, integrando a la oposición no parlamentaria y aportando la violencia institucional allí donde falla la violencia económica. La economía y la mordida no funcionan bien sin el orden, y la *partitocracia*, si no es exactamente el orden, es un desorden que funciona tanto en beneficio de la economía como en beneficio propio. Es el desorden establecido.

Bien que en un caso estamos ante un sistema abierto y competitivo que utiliza procedimientos electorales y, en el otro, ante un sistema cerrado y rígidamente jerarquizado donde los nombramientos no necesitan legitimación, en los últimos tiempos no es rara la comparación, incluso la asimilación, de la *partitocracia* con el fascismo. Ambas son formas autoritarias de gobierno que surgen tras los retrocesos y derrotas del

*proletariado*, en el subsiguiente proceso de masificación y desclasamiento que dará lugar a un aglomerado conformista y aquiescente. Ninguna de las dos formas tolera un aparato de justicia autónomo o unos medios de información independientes, ya que son incompatibles con un poder judicial insumiso y una prensa libre. Ambas nacionalizan bancos en ruina y tienen un momento «plebeyo» inicial que estipula el «derecho al trabajo» y el «bienestar», bien apuntalando a determinados sindicatos o bien creándolos *ad hoc* para usarlos como interlocutores, momento que finaliza tan pronto como la clase obrera es domesticada y disuelta. La conversión del proletariado en una infantería pasiva de los sindicatos institucionales sin ninguna conciencia de clase ni deseo de transformación social, y el disfrase de la nueva clase media en «ciudadanía», son fundamentales. A partir de entonces las crisis se combatirán con contrarreformas laborales, sacrificios de funcionarios y privatización de servicios públicos. Porque aunque la clase media sufra también las consecuencias, permanecerá siempre fiel al sistema político-económico que le dio el ser.

Fascismo y *partitocracia* se empeñan en que la sociedad civil proletarizada no se constituya al margen del sistema y les dispute espacios, pero uno, en tanto que defensa extremista de la economía, recurre a la brutalización de la vida pública, mientras que la otra, en tanto que defensa modernizante, la privatiza. Son respuestas costosas a la crisis capitalista puesto que ambas necesitan mantener una creciente población improductiva, ya

que la salida de aquella exige una renovación, una movilización y un trasvase de recursos que no están al alcance del Mercado. El Estado ha de encargarse de esas tareas. Pero el fascismo es una respuesta arcaica y dura, y la *partitocracia*, una respuesta más envolvente y racionalizada. Los momentos sangrientos del proceso de normalización corren a cargo de las bandas irregulares pro régimen en el fascismo, y a cargo de la policía en la *partitocracia*. Las dos son maneras de organización política del gran capital, diferentes de los regímenes «bonapartistas» —llamados así haciendo referencia a la dictadura populista implantada en Francia tras una victoria electoral por Luis Napoleón— como el del mariscal Pétain, también en Francia, el del general Perón en Argentina, o el chavismo en Venezuela. *Partitocracia* y fascismo poseen una base social concreta: la pequeña burguesía y el proletariado desclasado en el segundo, y las masas amaestradas —donde se incluyen la clase media asalariada y los obreros política y sindicalmente domesticados— en la primera. El bonapartismo es un híbrido de las dos, donde a la sombra de un caudillo una burocracia extractivista de antiguos luchadores cooptados media entre el gran capital y unas masas empobrecidas todavía rebeldes, a fin de que de un crecimiento de la economía basado en la explotación intensiva de recursos territoriales surja una nueva clase media aquiescente y estabilizadora.

La psicosis colectiva generada por la ausencia de ideales de clase, la desmoralización y el miedo a la crisis, hacen que dicha base crea en milagros con tal que

una dirección salvadora los prometa, y se disponga a someterse, no sin patelear, a toda clase de medidas restrictivas. El desastre de la globalización hace que la dominación reclame una economía de guerra. Y aquí comienzan las diferencias: el fascismo se produce en un marco nacional, de ahí sus planes autárquicos, las empresas mixtas, los trabajos públicos como solución del paro y su nacionalismo expansionista. La *partitocracia* se desarrolla en un contexto neoliberal, por lo que su planificación nacional obedece las directrices económicas del capital internacional y su política exterior se supedita a la estrategia diplomático militar del gran Estado gendarme del capitalismo, los Estados Unidos de América. De ahí sus grandes planes de infraestructuras, el recurso a los recortes presupuestarios, su obsesión por las inversiones foráneas y su política exterior alineada. Al revés de lo que sucede con el fascismo, cuyo principal rasgo es la arbitrariedad de una cadena de mando vertical, en la *partitocracia* la utilización del aparato burocrático con fines privados está descentralizada; lo cual extiende la corrupción a todos los niveles, su señal de identidad más llamativa. La *partitocracia* no necesita estatizar ningún medio de producción, aunque sí puede darse el caso de intervenir en los medios financieros; trabaja más en pro de los fondos de inversión internacionales que para salvar la empresa o la propiedad privada autóctona; se mueve siempre en la esfera de intereses que superan a los estatales y locales, aunque no los anule. Cierto es que al fallar la seducción se sirve del miedo como instrumento de gobierno, pero no para imponer una política de terror, sino una

*política de resignación.* Para la *partitocracia*, los terroristas no son las fuerzas de orden, responsables de la mayoría de hechos violentos contra la población no servil, son los «otros», la encarnación de un «mal» absoluto que ella misma ha fabricado, y aprovechando la ocasión, se emplea a fondo contra toda clase de disidencia, aunque en condiciones estables prefiera disolver los antagonismos de clase con métodos represivos blandos: multas en lugar de cárcel, corrupción en lugar de uso de la fuerza, tecnovigilancia en lugar de internamiento. El fascismo no admite la excepción, mientras que la *partitocracia* tolera minorías hostiles con tal de que su autoexclusión termine acoplándose al sistema y no se vuelva problemática. La comunidad ilusoria definida por el fascismo, de la que hay que formar parte por la fuerza, es la de la raza, la religión o la nación y su espacio vital, mientras que la comunidad *partitocrática* es la ciudadanía o los votantes, en cualquier país donde se hallen. Por eso carece del gran problema de las dictaduras terroristas de partido único, que antaño era la guerra contra las naciones vecinas. En virtud de los tratados internacionales que establecen la circulación libre de capitales y personas, la expansión de la economía no choca con aranceles, barreras aduaneras o escollos políticos nacionalistas, pudiéndose extender y hasta deslocalizar por el mundo sin necesidad de operaciones bélicas, salvo las exigidas por el control de las fuentes de energía o la posesión de minerales estratégicos. En consecuencia, las políticas «de defensa» de los sistemas *partitocráticos* no agotan las reservas nacionales en la fabricación de armamentos, ni condenan al ham-

bre a su población sometida (como pasaba por ejemplo en la URSS y pasa hoy en Corea del Norte). Los fascismos y totalitarismos han resultado fallidos casi siempre y se han desmoronado víctima de sus insuperables contradicciones. Con frecuencia han sido sustituidos por regímenes *partitocráticos* más o menos imperfectos, es decir, más o menos mafiosos, según la presencia débil o fuerte de mecanismos reguladores, e inversamente, según la presencia fuerte o débil del personal del régimen anterior. Alemania, Suecia o el Reino Unido podrían ser ejemplos de *partitocracias* autorreguladas, y España, Portugal, Grecia, Italia o Rusia, ejemplos de *partitocracias* prevaricadoras y mafiosas. Tal reconversión se ha aprovechado de la derrota definitiva del proletariado revolucionario y del advenimiento de la sociedad de masas, nunca compensadas con nuevos avances que reanimaran la discusión y el debate social e hicieran posible el retorno de un movimiento obrero radical e independiente en una sociedad de clases. Podemos aceptar que la *partitocracia* no es fascismo, aunque se asemeje a él en muchos aspectos – sobre todo en la forma bipartidista – pero tampoco es democracia, ni siquiera «democracia enferma»: en ella no existe separación de poderes, ni debate público, ni mecanismos públicos de control. Es un tipo moderno de oligarquía desarrollista que funciona relativamente bien en las fases de crecimiento económico, y relativamente mal durante las crisis, ya que el sacrificio obligado de un buen número de partidarios, produce un cierto grado de desafección. *Las partitocracias se ven cuestionadas por su base social debido a su supedita-*

*ción al sistema financiero, pero no hasta el punto de apelar a procedimientos revolucionarios, puesto que sus aspiraciones no van más allá de la reforma electoral, del control de la Banca y de la demanda de inversiones.* Las clases medias descontentas – y en general, las masas genuflexas – no rechazan el sistema *partitocrático*, simplemente exigen unos partidos más acordes con sus intereses y un Estado más keynesiano que solucione los problemas del paro, de la corrupción y del crédito; por consiguiente, sus armas siguen siendo la recogida de firmas, las movilizaciones por delegación, pacíficas y espaciadas, los recursos ante los tribunales... y el voto. Se toman al pie de la letra lo que el régimen dice de sí mismo. Así pues, *las clases medias (entre las que cabría el proletariado inconsciente, disperso y desmoralizado) no persiguen un enfrentamiento con las instituciones partitocráticas, sino una mayor apertura de las mismas a un frente de terceros partidos y asociaciones. O sea, aspiran a una bautizada «democracia participativa».* Quieren estar correctamente representadas en el régimen, por lo que nunca presentarán batalla ni seguirán a nadie que la presente. Sin embargo, de buena gana participarán en un simulacro mediático, carcasa vacía que sustituye al verdadero conflicto. Mojan la pólvora para que no explote. No obstante, cuando las instituciones dejan de funcionar por quiebra – culpa de un excesivo endeudamiento, fruto de la corrupción o de una simple mala gestión prolongada – se produce ese circunstancial distanciamiento que, al aislar a la clase política y generar una reacción nihilista entre la población marginada, obliga la *partitocracia* a

endurecerse y a aproximarse al fascismo. Sin embargo, ésta no se contenta con una legislación punitiva y fuerzas antidisturbios, sino que recurre a la «zona gris» del colaboracionismo. Hay que utilizar a los partidos ciudadanos y sindicatos alternativos, a las coaliciones electorales y las plataformas cívicas, a los movimientos sociales y vecinales, etc., tanto por la derecha como por la izquierda, con el fin de apaciguar el descontento y reconducirlo por vías políticas y sociales legalistas. En España, uno se duerme en una asamblea de «indignados» y se despierta votando a Podemos, un *remake* de Izquierda Unida. En otros países, depositando en la urna la papeleta de la extrema derecha xenófoba, que desempeña la misma función pseudo regeneracionista. Y mientras tanto, la clase política, el verdadero Partido del Estado, salva su *modus vivendi*, o como ella lo llama, la «governabilidad», gracias a una complicación pasajera del mapa político, con nuevos protagonistas mediáticos y unas puertas entreabiertas a la «iniciativa popular», a la participación «transversal» de «los ciudadanos y las ciudadanas», o incluso al neofascismo, si se requiere un suplemento de terror fuera del alcance institucional.

*La partitocracia se consolidó gracias al apoyo de la clase media y las masas desclasadas, pero no se corresponde en absoluto con un gobierno ciudadano, es decir, liberal y socialdemócrata; es, por el contrario, el gobierno total del capital globalizado. Al estar demasiado fragmentadas, las masas son incapaces de una política independiente y, tanto en épocas de bonanza como*

en épocas de crisis, se acomodan con las políticas desarrollistas que marcan los dirigentes de la alta burocracia ejecutiva. Pero algo han de decir cuando sus intereses son echados por la borda. La protesta ciudadana, de la que el izquierdismo vanguardista no es más que una versión arcaizante, es su manera de manifestar el desencanto con los «políticos» y los parlamentos. Que no espere nadie ver transformarse las reivindicaciones «democráticas» consabidas en reivindicaciones socialistas. Que tampoco nadie espere encontrar en las propuestas ecologistas y decrecentistas una defensa del territorio. No se piden más que reformas y empleos; sin embargo, la *partitocracia* no puede reformarse ni está para colocar a nadie, sólo cabe derribarla, y eso es precisamente a lo que la clase media no se atreve. No está en su naturaleza. Si se concentraran fuerzas históricas suficientes para destruir la *partitocracia*, es decir, si los antagonismos entre dirigentes y dirigidos adquirieran caracteres más agudos, si se profundizara la crisis social hasta la ruptura con el Estado, una parte de la masa proletarizada las seguiría, mientras que la otra abrazaría la dictadura, el bonapartismo populista o el fascismo abierto, y, entonces, el socialismo revolucionario y libertario se jugaría a doble o nada. Por desgracia, tal como lo demuestra la ausencia de mecanismos populares de autoorganización, esas fuerzas no existen.

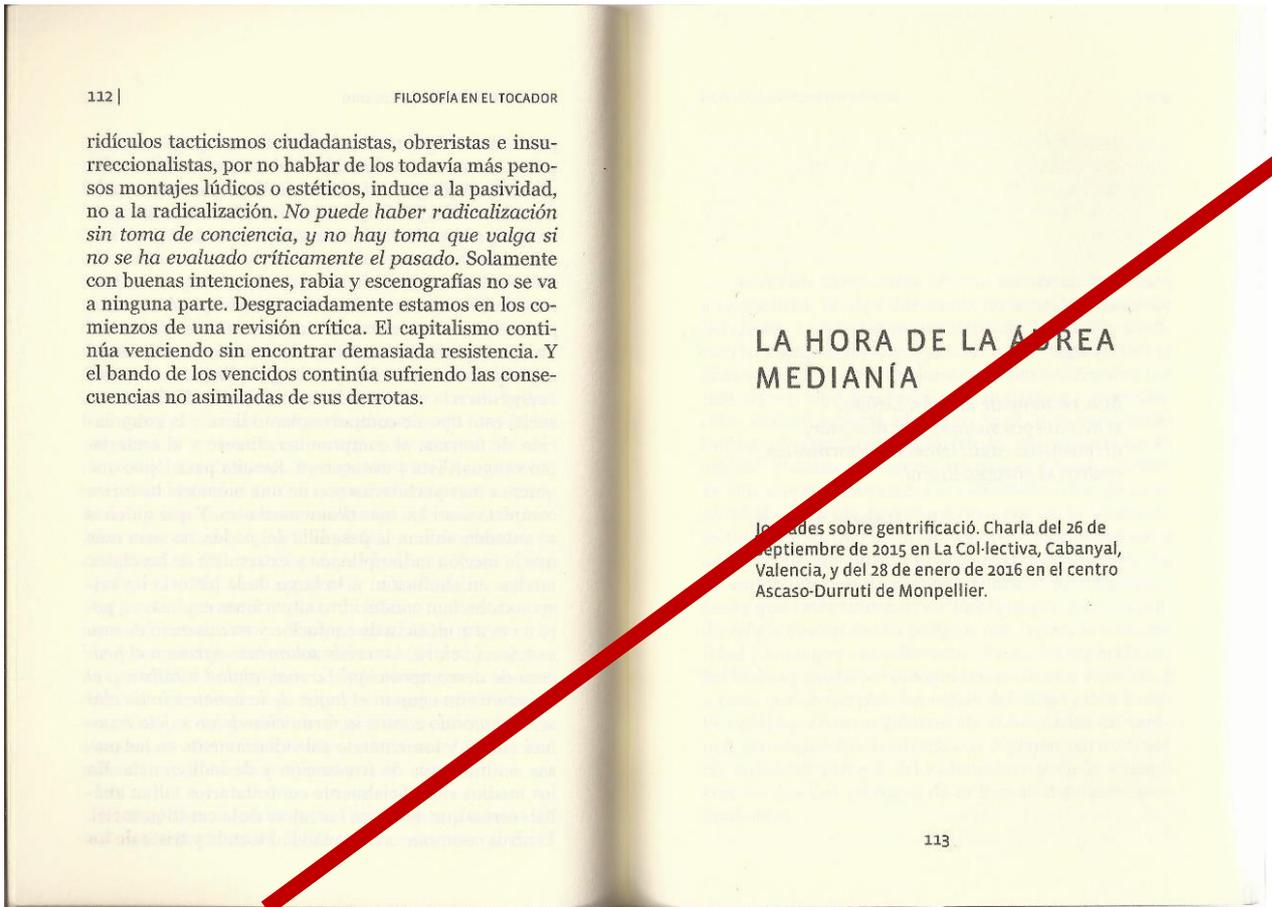
Cualquier análisis serio de la *partitocracia* debe tener en cuenta las relaciones entre la clase dominante, incluida la clase política, las masas desclasadas, las clases medias y los movimientos contrarios al sistema ca-

pitalista. La clase dirigente debe asegurar la conexión con las masas mediante el Partido del Estado, neutralizando cualquier oposición resuelta que se forme directamente desde la contestación social. Si ello no sucediera y las protestas se convirtieran en revueltas, la clase dominante abandonaría los métodos pacíficos y conservadores en pro de tácticas propias de la guerra civil, acallándose los lamentos ciudadanistas y transformándose la clase política en partido unificado del orden. Cuando la clase dominante entra en conflicto con la democracia parlamentaria formal tratará de salir mediante leyes de excepción y estados de sitio encubiertos, como ha venido haciendo hasta ahora: el terrorismo indiscriminado desempeña un papel fundamental. Esa es la verdadera función de la clase política y la burocracia obrerista en momentos de crisis aguda, introducir un régimen policial. La clase política o Partido del Estado está para hacer innecesario el siempre arriesgado recurso al golpe militar o al fascismo, pues ella ha de bastarse y sobrarse para hacer de gendarme del capital mundial manteniendo las mínimas apariencias de legitimidad parlamentaria. Conviene ahora recordar que las masas no constituyen exactamente una clase, sino un agregado variopinto de fragmentos sociales, maleable y versátil, por lo que están condenadas a seguir siendo hasta el fin una herramienta del capitalismo. No pueden escapar a las alianzas de emergencia con la clase dominante, puesto que necesitan una «dirección» y no hay otra clase capaz de dársela. Por otra parte, las clases medias, el componente central de las masas, temen más a la anarquía popu-

lar, a la violencia incontrolada, al anticapitalismo o al desmantelamiento del Estado, que a los impuestos, a los recortes o a las privatizaciones. Están irritadas con los políticos, con el parlamento y con el gobierno, pero todavía creen en ellos, como también creen en los jueces y la policía, en la prensa y el ejército, en los funcionarios y las ONG, en la ciencia y el progreso. Están sentadas en dos sillas, pero puestas ante una alternativa demasiado radical se aferrarán a las ilusiones seudodemocráticas y a los tópicos ciudadanistas del orden. Cualquier cosa antes que aventurarse por los inciertos caminos de la revolución social. No será así en todos los casos, pero sí en la mayoría. Al menos en un principio, cuando la clase dominante y el sistema partitocrático tengan las de ganar. Su papel histórico es subalterno, nunca determinante. El sujeto subversivo no surgirá de ellas, no encontrará en ellas sus ilusiones y su ser. Hemos apuntado la posibilidad de que de la plena descomposición del capitalismo pueda emerger una clase «peligrosa» dispuesta a cambiar la sociedad de arriba abajo y a eliminar el régimen político imperante. Esta clase o fuerza histórica disolvente habrá de rechazar la ideología ciudadanista tanto como la política profesional mistificadora que hacen los partidos, pues su condición de existencia impone una estrategia disolvente y un proceder independiente e igualitario. Si eso llega a suceder, la cuestión de la clase media y de la masa sumisa manipulable se resolverá por sí sola.

Es muy difícil pensar estratégicamente después de una serie de derrotas decisivas. Los nuevos rebeldes

persisten en ignorar la derrota de sus predecesores, pues cuanto mayor ha sido la destrucción del medio obrero y el progreso de la domesticación, mayor es la desorientación y la impotencia en vislumbrar una nueva perspectiva. La historia social registra un gran número de derrotas suplementarias como resultado de una mala evaluación de la derrota principal, en este caso la del proletariado en los sesenta y setenta, empeorada con los intentos de ocultarla o de ignorarla. Tampoco parece que influyan las transformaciones del capitalismo provocadas por la globalización, la crisis energética o la urbanización generalizada. En la guerra social este tipo de comportamiento lleva a la aniquilación de fuerzas, al compromiso efímero y al sectarismo vanguardista y aventurero. Resulta paradójico que quienes más partidarios son de una memoria histórica completa sean los más desmemoriados. Y que quienes se autodenominan la pesadilla del poder, no sean más que la facción indisciplinada y extremista de las clases medias en ebullición. A lo largo de la historia las crisis sociales han conducido a situaciones explosivas, pero en una atmósfera de confusión y en ausencia de una conciencia clara, las crisis solamente agravan el proceso de descomposición. La mentalidad nihilista y el oportunismo ocupan el lugar de la conciencia de clase, trabajando contra la formación de un sujeto revolucionario, y fomentando subsidiariamente en las masas sentimientos de frustración y de indiferencia. En los medios superficialmente contestatarios faltan análisis serios que destapen las raíces de la cuestión social. El atroz contraste con la realidad tozuda y triste de los



ridículos tacticismos ciudadanistas, obreristas e insurreccionalistas, por no hablar de los todavía más penosos montajes lúdicos o estéticos, induce a la pasividad, no a la radicalización. *No puede haber radicalización sin toma de conciencia, y no hay toma que valga si no se ha evaluado críticamente el pasado.* Solamente con buenas intenciones, rabia y escenografías no se va a ninguna parte. Desgraciadamente estamos en los comienzos de una revisión crítica. El capitalismo continúa venciendo sin encontrar demasiada resistencia. Y el bando de los vencidos continúa sufriendo las consecuencias no asimiladas de sus derrotas.

## LA HORA DE LA ÁBREA MEDIANÍA

Jornades sobre gentrificació. Charla del 26 de septiembre de 2015 en La Col·lectiva, Cabanyal, Valencia, y del 28 de enero de 2016 en el centro Ascaso-Durruti de Montpellier.

**FIN**